

PRIMERA PARTE
(O PRIMERA VERSIÓN)

Ya no sé si vivo o si me acuerdo.

“Entre sí y no”, en *Del revés y del derecho*, ALBERT CAMUS

DÍA 1

Aeropuerto Newark, New Jersey. En la fila de migraciones, un policía marca en mi papel de aduana lo que parece una sigla de algo que no conozco. Cuando paso por la ventanilla me sacan la foto y me toman las huellas digitales. Otro policía, joven, rubio, con un tatuaje rojo en su muñeca izquierda, como pulsera, me está esperando a pocos pasos. Cuando llego a él, sin escapatoria, me indica que lo siga. Me acompaña en ascensor a un salón al que llegamos descendiendo. El salón es amplio. Tiene muchas butacas que miran hacia un mostrador semicircular. Detrás de ese mostrador hay otros dos policías con uniforme negro. Yo me siento en primera fila como entregándome. Tengo que llegar al aeropuerto de San Francisco. Allí me espera madre y me espera hermano. Por ahora sólo sé que tengo que llegar a esa ciudad, todavía no presiento que llegar es volver.

Me llaman. Me acerco. Me habla uno, pero los dos atienden mi caso. A mi lado, de pie y llorando, una

mujer que me parece de Europa del Este cuando la escucho intenta controlar a sus tres hijos. No quiero mirarla, tengo miedo. Ellos me explican que soy sospechosa por tener un pasaporte español que dice que nací en Argentina. Nadie habla mi idioma; se ríen de algunas respuestas que doy o de mi pronunciación. Intento ser cortés. Me preguntan de qué trabajo en Madrid. Me acorralan; les contesto con miedo. Me interrogan también acerca de por qué voy. Tiemblo frente a la pregunta. ¿Turismo?

Por qué voy.

Estoy sudando. Me habría gustado no tener que recoger la maleta en la conexión. A mi alrededor la gente come. Ya no quiero estar en este aeropuerto, pero tengo ocho horas de espera. Me siento agotada. Me pregunto cómo podría haber hecho las cosas de otro modo. ¿Qué cosas? Me pregunto lo que no es la pregunta. ¿Turismo? Qué hago acá. Qué hago fuera, siempre fuera. Fuera del tiempo, fuera de la historia. Del cuerpo. De la familia.

¿Familia?

Desde mi asiento observo lo que parece un desfile de policías. Policías con camisetas azules, policías con camisas de un azul más oscuro. Un afroamericano juega a que boxea y se queda quieto cuando los azules pasan por su lado.

Me despierto. Ya puedo hacer el *check-in*. Paso por los controles para tomar el segundo avión Newark-SFO. Me sacó las zapatillas. Uso tres bandejas para depositar mis pertenencias. Me quito el abrigo. Paso mi cuerpo cuando me indican con la mano que avance. Imito la imagen que muestra lo que debemos hacer. Pongo las manos por encima de mi cabeza pero más arriba, sin tocarme. Las palmas al frente. Una especie de puerta corredera pasa rápidamente y me escanea. Estoy limpia. ¿Estoy limpia? Avanzo. No hay tecnología para las preguntas, para la amnesia, para la memoria, para la duda. Ahora sí es más comfortable la sala donde debo esperar. Ahora hay más gente comiendo. Algo más de paciencia y estaré subida en el avión.

Me toca junto a un matrimonio con un bebé. Miro a la familia: conversa, se agita, tiene asuntos. Pañales, comida, azafata, cosas que resolver. Dormito a pesar de todo. Me despierta recurrentemente el deseo de que nos ofrezcan algo de beber. Hace calor en este avión. En el suelo que sobrevolamos veo cuadrados de colores. Son verdes, rojos y amarillos. Pienso que es un país muy geométrico. También hay círculos dentro de los cuadrados y a su vez líneas marcadas dentro de esos círculos. Hay un orden preestablecido.

En el aeropuerto de San Francisco sigo las flechas de los carteles que dicen *baggage claim* y mientras avan-